

## EL RESPETO HUMANO

[San Juan María Vianney](#)

[Leonardo Castellani](#)

[San Alberto Hurtado](#)

[San Claudio de la Colombiere](#)

**San Juan María Vianney**

### **SOBRE EL RESPETO HUMANO** **Bienaventurado el que no tomare escándalo en mí.** **(8. Mat., XI. 6.)**

Nada más glorioso y honorífico para un cristiano, hijos míos, que el llevar el nombre sublime de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo. Pero, al propio tiempo, nada más infame que avergonzarse de ostentarlo cada vez que se presenta ocasión para ello. No, hijos míos, no nos maraville el ver a hombres hipócritas, que fingen en cuanto pueden un exterior de piedad para captarse la estimación y las alabanzas de los demás, mientras que su pobre corazón se halla devorado por los más infames pecados. Quisieran, estos ciegos, gozar de los honores inseparables de la virtud, sin tomarse la molestia de practicarla. Pero maravíllenos aún menos el ver a otros, buenos cristianos, ocultar, en cuanto pueden, sus buenas obras a los ojos del mundo, temerosos de que la vanagloria se insinúe en su corazón y de que los vanos aplausos de los hombres les hagan perder el mérito y la recompensa de ellas. Pero, ¿dónde encontrar, hijos míos, cobardía más criminal y abominación más detestable que la de nosotros, que, profesando creer en Jesucristo, estando obligados por los más sagrados juramentos a seguir sus huellas, a defender sus intereses y su gloria, aun a expensas de nuestra misma vida, somos tan viles, que, a la primera ocasión, violamos las promesas que le hemos hecho en las sagradas fuentes bautismales? ¡Ah, desdichados! ¿Qué hacemos? ¿Quién es Aquel de quien renegamos? ¡Ay! Abandonamos a nuestro Dios, a nuestro Salvador, para quedar esclavos del demonio, que nos engaña y no busca otra cosa que nuestra ruina y nuestra eterna infelicidad. ¡Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno! Para mejor haceros ver su bajeza, os mostraré:

1. Cuánto ofende a Dios el respeto humano, es decir, la vergüenza de hacer el bien; 2. Cuán débil y mezquino de espíritu manifiesta ser el que lo comete.

No nos ocupemos, hijos míos, de aquella primera clase de impíos que emplean su tiempo, su ciencia y su miserable vida en destruir, si pudieran, nuestra santa religión. Estos desgraciados parecen no vivir sino para hacer nulos los sufrimientos, los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo. Han empleado, unos su fuerza, otros su ciencia, para quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo edificó su Iglesia. Pero ellos son los que, insensatos, van a

estrellarse contra esta piedra de la Iglesia, que es nuestra santa religión, la cual subsistirá a despecho de todos sus esfuerzos.

En efecto, hijos míos, ¿en qué vino a parar toda la furia de los perseguidores de la Iglesia, de los Nerones, de los Maximianos, de los Dioclecianos, de tantos otros que creyeron hacerla desaparecer de la tierra con la fuerza de sus armas? Sucedió todo lo contrario: la sangre de tantos mártires, como dice Tertuliano, sólo sirvió para hacer florecer más que nunca la religión; aquella sangre parecía una simiente de cristianos, que producía el ciento por uno. ¡Desgraciados! ¿Qué os ha hecho esta hermosa y santa religión, para que así la persigáis, cuando sólo ella puede hacer al hombre dichoso aquí en la tierra? ¡Ay! ¡Cómo lloran y gimen ahora en los infiernos, donde conocen claramente que esta religión, contra la cual se desenfrenaron, los hubiera llevado al Paraíso! Pero, ¡vanos e inútiles lamentos!

Mirad igualmente a esos otros impíos que hicieron cuanto estuvo en su mano por destruir nuestra santa religión con sus escritos, un Voltaire, un Juan-Jacobo Rousseau, un Diderot, un D’Alembert, un Volney y tantos otros, que se pasaron la vida no más que en vomitar con sus escritos cuanto podía inspirarles el demonio. ¡Ay! mucho mal hicieron, es verdad; muchas almas perdieron, arrastrándolas consigo al infierno; pero no pudieron destruir la religión como pensaban. Lejos de quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo ha edificado su Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, se estrellaron contra ella. ¿Dónde están ahora estos desdichados impíos? ¡Ay! en el infierno, donde lloran su desgracia y la de todos aquellos que consigo arrastraron.

Nada digamos tampoco, hijos míos, de otra clase de impíos que, sin manifestarse abiertamente enemigos de la religión, de la cual conservan todavía algunas prácticas externas, se permiten, no obstante, ciertas chanzas, por ejemplo sobre la virtud o la piedad de aquellos a quienes no se sienten con ánimos de imitar. Dime, amigo, ¿qué te ha hecho esa religión que heredaste de tus antepasados, que ellos tan fielmente practicaron delante de tus ojos, de la cual tantas veces te dijeron que sólo ella puede hacer la felicidad del hombre en la tierra, y que, abandonándola, no podíamos menos de ser infelices? ¿Y a dónde piensas que te conducirán, amigo, tus *ribetes* de impiedad? ¡Ay, pobre amigo! al infierno, para llorar en él tu ceguera.

Tampoco diremos nada de esos cristianos que no son tales más que de nombre; que practican su deber de cristianos de un modo tan miserable, que hay para morir de compasión. Los veréis que hacen sus oraciones con fastidio, disipados, sin respeto. Los veréis en la iglesia sin devoción; la santa Misa comienza siempre para ellos demasiado pronto y acaba demasiado tarde; no ha bajado aún el sacerdote del altar, y ellos están ya en la calle. De frecuencia de Sacramentos, no hablemos; si alguna vez se acercan a recibirlos, su aire de indiferencia va pregonando que absolutamente no saben lo que hacen. Todo lo que atañe al servicio de Dios lo practican con un tedio espantoso. ¡Buen Dios! ¡Qué de almas perdidas por una eternidad! ¡Dios mío! ¡Cuán pequeño ha de ser el número de los que entran en el reino de los cielos, cuando tan pocos hacen lo que deben por merecerlo!

Pero ¿dónde están – me diréis – los que se hacen culpables de respeto humano? Atendedme un instante, hijos míos, y vais a saberlo. Por de pronto os diré con San Bernardo que por cualquier lado que se mire el respeto humano, que es la vergüenza de cumplir los deberes de la religión por causa del mundo, todo muestra en él menosprecio de Dios y de sus gracias y ceguera del alma. Digo, en primer lugar, hijos míos, que la vergüenza de practicar el bien, por

miedo al desprecio y a las mofas de algunos desdichados impíos o de algunos ignorantes, es un asombroso menosprecio que hacemos de la presencia de Dios, ante el cual estamos siempre y que en el mismo instante podría lanzarnos al infierno. ¿Y por qué motivo, hijos míos, esos malos cristianos se mofan de vosotros y ridiculizan vuestra devoción? ¡Ah, hijos míos! Yo os diré la verdadera causa: es que, no teniendo virtud para hacer lo que hacéis vosotros, os guardan inquina, porque con vuestra conducta despertáis los remordimientos de su conciencia; pero estad bien seguros de que su corazón, lejos de despreciaros, os profesan grande estima. Si tienen necesidad de un buen consejo o de alcanzar de Dios alguna gracia, no creáis que acudan a los que se portan como ellos, sino a aquellos mismos de los cuales se burlaron, por lo menos de palabra. ¿Te avergüenzas, amigo, de servir a Dios, por temor de verte despreciado? Mira a Aquel que murió en esta cruz; pregúntale si se avergonzó Él de verse despreciado, y de morir de la manera más humillante en aquel infame patíbulo. ¡Ah, qué ingratos somos para con Dios, que parece hallar su gloria en hacer publicar de siglo en siglo que nos ha escogido por hijos suyos! ¡Oh Dios mío! ¡Qué ciego y despreciable es el hombre que teme un miserable *qué dirán*, y no teme ofender a un Dios tan bueno! Digo, además, que el respeto humano nos hace despreciar todas las gracias que el Señor nos mereció con su muerte y pasión. Sí, hijos míos, por el respeto humano inutilizamos todas las gracias que Dios nos había destinado para salvarnos. ¡OH, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno!

En segundo lugar, digo que el respeto humano encierra la ceguera más deplorable. ¡Ay! no paramos atención en lo que perdemos. ¡Ah, hijos míos! ¡Qué desgracia para nosotros! perdemos a Dios, al cual ninguna cosa podrá jamás reemplazar. Perdemos el cielo, con todos sus bienes y delicias. Pero hay aún otra desgracia, y es que tornarnos al demonio por padre y al infierno con todos sus tormentos por nuestra herencia y recompensa. Trocamos nuestras dulzuras y goces eternos en penas y lágrimas. ¡Ay! amigo, ¿en qué piensas? ¡Cómo tendrás que arrepentirte por toda la eternidad! ¡OH, Dios mío! ¿podemos pensar en ello y vivir todavía esclavos del mundo?

Es verdad – me diréis – que quien por temor al mundo no cumple sus deberes de religión es bien desgraciado, puesto que nos dice el Señor que a quien se avergonzare de servirle delante de los hombres, no querrá El reconocerle delante de su Padre el día del juicio. (S. Mat., X, 33). ¡Dios mío! temer al mundo; ¿y por qué? Sabiendo como sabemos que absolutamente es fuerza ser despreciado del mundo para agradar a Dios. Si temías al mundo, no debías haberte hecho cristiano. Sabías bien que en las sagradas fuentes del bautismo hacías juramento en presencia del mismo Jesucristo; que renunciabas al mundo y al demonio; que te obligabas a seguir a Jesucristo llevando su cruz, cubierto de oprobios y desprecios. ¿Temes al mundo? Pues bien, renuncia a tu bautismo, y entrégate a ese mundo, al cual tanto temes desagradar.

Pero ¿cuándo es – me diréis – que obramos nosotros por respeto humano? Escucha bien, amigo mío. Es un día en que, estando en la feria, o en una posada donde se come carne en día prohibido, se te invita a comerla también; y tú, contentándote con bajar los ojos y ruborizarte, en vez de decir que eres cristiano y que tu religión te lo prohíbe, la comes como los demás, diciendo: Si no hago como ellos, se burlarán de mí. – ¿Se burlarán de ti, amigo? Ah! ¡tienes razón; es una verdadera lástima! – ¡Oh! es que haría aun mucho más mal, siendo causa de todos los disparates que dirían contra la religión, que el que hago comiendo carne. – Conque ¿harías aún más mal? ¿Te parece bien que los mártires, por temor de las blasfemias y juramentos de sus perseguidores, hubiesen renunciado todos a su religión? Si otros obran mal,

tanto peor para ellos. ¡Ah! di más bien: ¿no hay bastante con que otros desgraciados crucifiquen a Jesús con su mala conducta, para que también tú te juntes a ellos para dar más que sufrir a Jesucristo? ¿Temes que se mofen de ti? ¡Ah, desdichado! mira a Jesucristo en la cruz, y verás cuánto por ti ha hecho.

Conque ¿no sabes tú cuándo niegas a Jesucristo? Es un día en que, estando en compañía de dos o tres personas, parece que se te han caído las manos, que no sabes hacer la señal de la cruz, y miras si tienen los ojos fijos en ti, y te contentas con decir tu bendición y acción de gracias en la mesa mentalmente, o te retiras a un rincón para decirlas. Es cuando, al pasar delante de una cruz, te haces el distraído, o dices que no fue por nosotros que Dios murió en ella.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que, hallándote en una tertulia donde se dicen obscenidades contra la santa virtud de la pureza o contra la religión, no tienes valor para reprender a los que así hablan, antes al contrario, por temor a sus burlas, te sonríes. – Es que no hay – dices – otro remedio, si no quiero ser objeto de continua mofa. – ¿Temes que se mofen de ti? Por este mismo temor negó San Pedro al divino Maestro; pero el temor no le libró de cometer con ello un gran pecado, que lloró luego toda su vida.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que el Señor te inspira el pensamiento de ir a confesarte, y sientes que tienes necesidad de ello, pero piensas que se chancarán de ti y te tratarán de devoto. Es cuando te viene el pensamiento de ir a oír la santa Misa entre semana, y nada te impide ir; pero te dices a ti mismo que se burlarían de ti y que dirían Esto es bueno para el que nada tiene que hacer, para los que viven de su renta.

¿Cuántas veces este maldito respeto humano te ha impedido asistir al catecismo y a la oración de la tarde! ¿Cuántas veces, estando en tu casa, ocupado en algunas oraciones o lecturas de piedad, te has escondido por disimulo, al ver que alguien llegaba! ¿Cuántas veces el respeto humano te ha hecho quebrantar la ley del ayuno o de la abstinencia, por no atreverte a decir que ayunabas o comías de vigilia! ¿Cuántas veces no te has atrevido a decir el *Angelus* delante de la gente, o te has contentado con decirlo para ti, o has salido del local donde estabas con otros para decirlo fuera!

¿Cuántas veces has omitido las oraciones de la mañana o de la noche por hallarte con otros que no las hacían; y todo esto por el temor de que se burlasen de ti! Anda, pobre esclavo del mundo, aguarda el infierno donde serás precipitado; no te faltará allí tiempo para echar en falta el bien que el mundo te ha impedido practicar.

¡OH, buen Dios! ¿Qué triste vida lleva el que quiere agradar al mundo y a Dios! No, amigo, te engañas. Fuera de que vivirás siempre infeliz, no has de conseguir nunca complacer a Dios y al mundo; es cosa tan imposible como poner fin a la eternidad. Oye un consejo que voy a darte, y serás menos desgraciado: entrégate enteramente o a Dios o al mundo; no busques ni sigas más que a un amo; pero una vez escogido, no le dejes ya. ¿Acaso no recuerdas lo que te dice Jesucristo en el Evangelio: No puedes servir a Dios y al mundo, es decir, no puedes seguir al mundo con sus placeres y a Jesucristo con su cruz? No es que te falten trazas para ser, ora de Dios, ora del mundo. Digámoslo con más claridad: es lástima que tu conciencia, que tu corazón no te consientan frecuentar por la mañana la sagrada mesa y el baile por la tarde; pasar una parte del día en la iglesia y otra parte en la taberna o en el juego; hablar un rato del buen Dios y otro rato de obscenidades o de calumnias contra tu prójimo; hacer hoy un favor a tu vecino y

mañana un agravio; en una palabra, ser bueno y portarte bien y hablar de Dios en compañía de los buenos, y obrar el mal en compañía de los malvados.

¡Ay, hijos míos! Que la compañía de los perversos nos lleva a obrar mal. ¡Qué de pecados no evitaríamos si tuviésemos la dicha de apartarnos de la gente sin religión! Refiere San Agustín que muchas veces, hallándose entre personas perversas, sentía vergüenza de no igualarlas en maldad, y, para no ser tenido en menos, se gloriaba aun del mal que no había cometido.

¡Pobre ciego! ¡cuán digno eres de lástima! ¡qué triste vida!... ¡Ah, maldito respeto humano! ¡qué de almas arrastras al infierno! ¡De cuántos crímenes eres tú la causa! ¡Ah, Cuán culpable es el desprecio de las gracias que Dios nos quiere conceder para salvarnos! ¡Ay! cuántos y cuántos han comenzado el camino de su reprobación por el respeto humano, porque, a medida que iban despreciando las gracias que les concedía Dios, la fe se iba amortiguando en su alma; y poco a poco iban sintiendo menos la gravedad del pecado, la pérdida del cielo, las ofensas que pecando hacían a Dios. Así acabaron por caer en una completa parálisis, es decir, por no darse ya cuenta del infeliz estado de su alma; se durmieron en el pecado y la mayor parte murieron en él.

SAN JUAN MARÍA VIANNEY, *Sermones Escogidos I*, Ed. Apostolado Mariano, pp. 22-30.

## ARRIBA

---

### Leonardo Castellani

#### EL ZORZALITO

Salió del nido una tarde de verano, dio un revuelo con sus alas todavía un poco inseguras, se sentó en la copa del aguaribay, emitió un silbido agudo que hizo callar atento a todo el monte, y después ensayó un gorjeo y luego un trino que salió lleno y limpio como el viento de la tarde en las hojas.

Él mismo extrañaba la potencia y agilidad de su garganta. La Calandria, para oírlo mejor, voló hasta su rama en silencio. El Zorzalito entusiasmado había iniciado una magnífica sinfonía. El zumbido de la brisa, las quejas de las hojas, la orquesta rumorosa del amanecer, el aliento de la noche estrellada, el grito de los árboles bajo el sacudón de la tormenta, todas las hondas impresiones que había recogido en su nido, pasaron a su garganta y se vertieron en sonidos tan hermosos, que la Calandria creyó que ella misma nunca había entendido al monte hasta el momento...

Calló el Zorzalito y se hizo un silencio armonioso en el monte.

Y entonces un Gorrión superficial que no entendía de música, exclamó bruscamente:

- Qué feo queda. Cuando hincha la garganta parece un sapo.

Y la Calandria, el Jilguero, el Tordo, el Cardenal y el Boyero, que entendían de música, arrobados en su admiración, no dijeron nada.

El Zorzalito levantó el vuelo todo cortado, y se perdió a lo lejos convencido de haber hecho un papelón. Y desde aquel día ya no cantó jamás. Porque cuando el corazón le pedía canto, le venía a las mientes la imagen de la garganta del sapo y el alma se le caía a los pies, amargada para siempre por aquella primera y repentina desilusión...

Los que entienden, que alaben a los que valen, no sea que vengan los que no valen y se hagan dueños del mundo.

LEONARDO CASTELLANI, *Camperas*, Ediciones Vórtice<sup>11</sup>, p. 27.

## ARRIBA

---

### San Alberto Hurtado

Carta del P. Hurtado al R.P. Carlos Aldunate, s.j., 7 de enero de 1948, París<sup>1</sup>.

[...] En cuanto a lo que me dice de *Humanismo Social*<sup>2</sup> trasmitiéndome el testimonio de un buen amigo: estoy muy de acuerdo en la redacción descuidada (¡no soy escritor!); quizás algunos datos que no concuerdan. Yo agregaría otras críticas: mucha falta de originalidad; demasiada citación; no es obra de aliento; es vulgarización. Ciertísimo. ¿Libro muy apurado? Hasta cierto punto: en los retoques de redacción, sí, pero en "apreciaciones apresuradas", no creo: lo vengo pensando y preparando más de dos años. Es el fondo de lo que he predicado durante este tiempo. Pero me detengo en esto porque este juicio me revela algo parecido a lo que veo aquí con respecto a la crítica de lo que se ha hecho en Francia hasta aquí: falta de perspectiva. El juicio continúa: "*Creo que urge y es de suma importancia que caigamos en la cuenta que para hacer obra social necesitamos un buen equipo de gente preparada y dedicada a esto exclusivamente -¿quién lo duda?- si no, daremos palos de ciego y agudizaremos las prevenciones de muchos católicos, los afirmaremos en sus posiciones verdaderamente erradas, no tendremos el prestigio ante el clero... Nos contentaremos con cualquier cosa y hecha de cualquier manera. Esa no es; no puede ser la manera de trabajar que concibió San Ignacio*".

Este enfoque de las cosas, que es común, por lo menos en cuatro o cinco de los Nuestros con quienes he discutido varias veces de puntos parecidos, a mi manera de ver tiene varios inconvenientes, que los someto al juicio del profesor de psicología:

1º) Es juzgar según un principio abstracto, general, un caso concreto sin ver sus circunstancias. Esas normas, claro está, son muy válidas, puede ser que el libro juzgado merezca en absoluto esa apreciación. ¿Pero ha pensado quién lo ha escrito, en qué condiciones de actividades, de tiempo, de preparación? Lo que sería válido para un escritor de *Études*, ¿lo

---

<sup>1</sup> Por las dudas aclaro que para nada estoy haciendo referencia a alguna situación vivida en carne propia; ¡he vivido todo lo contrario! *El blogero*.

<sup>2</sup> Hace referencia a un libro escrito por él.

es para un hombre que tiene diez cosas a la vez? Dirá: entonces, ¿para qué escribe? Porque cree que a pesar de todo hay un público al cual aún esa manera imperfecta, pobre, sirve y aprovecha. De hecho los libros que he escrito anteriormente se han agotado todos, y alguno ha llegado a cuatro ediciones, con más de 30.000 ejemplares. Este mismo, de hecho, se ha difundido rapidísimamente y según me dicen con fruto. En consecuencia me parece que tanto un libro, como el trabajo concreto de nuestros Padres en Chile, trabajo bastante chapucero en los detalles habrá que juzgarlo: *Hic et nunc*, en las circunstancias que se realiza.

2º) La expresión de tales juicios a mi manera de ver debería ser la siguiente: el juicio del valor objetivo de la cosa debe ser exacto para el que juzga, esto es, debe uno procurar ver claro el valor de todo lo que es materia de juicio. Ese juicio absoluto debe condicionarse luego en el ambiente concreto de la acción del tiempo, circunstancias, público, reacciones, etc. Si se juzga la acción nociva, por ejemplo la publicación de libros improvisados, avisar oportunamente al Superior para que evite que se repitan determinados actos. Pero en todo caso, salvo en la hipótesis que a juicio del que critica, dichas observaciones tengan remedio, abstenerse de hacerlas al interesado. Creo que un espíritu demasiado crítico puede crear un clima de achatamiento en torno suyo, un verdadero complejo de inferioridad, impedir una acción que en concreto habría sido útil, a pesar de las deficiencias que tiene. Cada vez veo más claro el terrible complejo de pesimismo, debilidad, timidez, insignificancia que se apodera de tantos de los Nuestros y los impide realizar a la medida de su verdadero tamaño. Aquí mismo veo a Padres geniales, chupados de susto... Entre nosotros, usted ha visto, ¡qué desproporción entre lo que podrían producir y lo que producen! Hombres, como el P. [Rafael] Román, muertos de miedo del juicio de los Nuestros. Yo comienzo a experimentar en carne propia, y es tal vez por esto que me he detenido tanto a analizar su carta, la dificultad inmensa para la acción: al principio predicaba improvisando, ahora voy con hartos sustos y usted ha visto que paso el verano entero preparando mis pláticas. Uno tiene al menos la suficiente luz para ver lo pobre de lo que uno produce, la incapacidad de crear, de renovar... Cuando estos sentimientos se comienzan a presentar es cuando el hombre necesita aliento *a full*, sobre todo de sus hermanos.

La caridad nunca debe hacer olvidar "*los principios objetivos*", pero debe siempre llevar a ver el cuadro en que el hombre actúa, y debe mover a poner todo en acción para descubrir lo bueno que hay en cada uno, aquello que lo hace útil para algo. Yo le tengo terror a los espíritus demasiado "*listos*", pues los considero atómicos... Mi corta experiencia me muestra cada día más la necesidad de dar ánimo; y creo que una explicación del hecho que se acerque a mí bastante gente en busca de aliento, es el optimismo que procuro despertar en él. En el P. [Gustavo] Weigel esta cualidad es aún mucho mayor, y por eso llega tan adentro. Igual cosa se diga del P. [Juan María] Restrepo... En cambio temo que los peritos para un diagnóstico muy exacto, pero desgraciadamente obscuro... como suelen ser los que podemos dar si miramos sobre todos los defectos, reales, no hagan más que alejar y desalentar a la gente.

Estoy totalmente de acuerdo con el crítico y con usted en la necesidad de que formemos gente para hacer obra de especialización y esta es la primera razón que nos debe mover al Máximo<sup>3</sup>. Creo también que tendremos que tender a reducir más que a extender nuestras actividades, para hacerlas más en intensidad. Pero mientras esto es posible, ¡¡¡paciencia!!! [...]

---

<sup>3</sup> Por esos años se aspiraba a fundar en Chile un Colegio Máximo de Filosofía para los jesuitas.

SAN ALBERTO HURTADO, *Cartas e informes*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, (2005<sup>3</sup>), p. 170-172.

-----  
20 de marzo de 1939, Santiago

[Instalación de un teléfono]

R.P. Pedro Alvarado

El P. Hurtado expone al R. P. Viceprovincial las razones para que lo autorice a instalar un teléfono en su oficina.

1. Porque se trata de una oficina de servicio general en la que se atienden los asuntos de la Congregación, Arca aedificationis [del nuevo noviciado] y dirección de jóvenes, que obliga a un servicio muy frecuente del teléfono. La construcción de Loyola le obliga a frecuentes llamados.

2. Por el aprovechamiento mejor del tiempo: así podría más fácilmente cumplir su horario, pues si ha de contentarse con acudir al teléfono sólo a las horas en que recibe visitas, desatenderá llamados de urgencia y estará muy frecuentemente obligado a interrumpir la atención de las visitas. Si acude a la portería por el teléfono a otras horas tiene que resignarse a atender personas a deshora, con gran pérdida de tiempo y dispersión de actividades en forma que descorazona.

3. Porque si ha de continuar en la campaña en favor de una u otra Arca tiene numerosas obligaciones de atenciones que despachar y la forma más rápida de despacharlas es el teléfono.

4. Porque por no tener el teléfono a mano deja de hacer obras que podrían hacerse con fruto, pues no se resigna uno cuando está apurado a perder el tiempo esperando en la portería.

5. Porque es un medio apto, el más apto, para el fin que le ha sido encomendado y no ve obstáculos serios:

[Obstáculos]

a) El más serio: el qué dirán... ¡Lo que quieran!

b) La legislación de la Compañía: permite el teléfono en la oficina con autorización del Provincial, oído el consejo de sus consultores.

c) El costo: porque me darían limosnas para pagarlo.

d) El que otros pudieran pedirlo. Si tienen razones como las que expongo, ¡en buena hora! Pero de hecho no veo cuál quisiera pedirlo.

Expongo estas razones contento de obtener una respuesta cualquiera que sea, pues creo que al Superior le toca la última palabra, y al súbdito la penúltima.

A. Hurtado C. s.j.

SAN ALBERTO HURTADO, *Cartas e informes*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, (2005<sup>3</sup>), p. 71-72.



## ARRIBA

---

### San Claudio de la Colombiere

#### RESPECTO HUMANO

Reflexionando ayer tarde, después de la oración, sobre lo que había casi debilitado mis resoluciones, he reconocido que no he ahogado aún en mí el vano temor de los hombres, quiero decir el respeto humano; y que, aunque gracias a vuestra infinita misericordia, Dios mío, he salido bien en algunos encuentros con la ayuda de vuestra poderosa gracia; reconozco, sin embargo, mi miseria y me persuado que sólo Vos sois el que hacéis todo el bien en mí. Y os ofendería a cada momento, y muy gravemente, si no me dieseis Vos la mano para sacarme del lodazal a que me llevarían mis malas inclinaciones, y donde mi natural, demasiado complaciente, me comprometería si no usaseis conmigo de este dominio que ejercéis sobre todas las criaturas.

Pero, Dios mío, ¿cuántas acciones de gracias no deberé daros por tantos beneficios como me hacéis? Por indigno e ingrato que sea os alabaré, amable Salvador mío, y publicaré por doquier que Vos sois el único que debe ser amado, servido y alabado. Para confirmarme en esta verdad, me habéis hecho ver que el respeto humano nos hace hacer el mal por temor de desagradar a los hombres, nos hace omitir el bien por no disgustarlos y hace el bien para agradarles. En efecto; me doy cuenta de que por no desagradar a los hombres se dan algunas cosas sin permiso, se quebranta el silencio, se oye criticar y murmurar y no se advierte de ello a los Superiores cuando se debe hacer. ¡Cosa extraña! Se prefiere atraerse la indignación de Dios a exponerse a disgustar a un hombre: Cui similem me fecistis? «¿A quién me habéis hecho semejante?» (Alusión a unas palabras de Isaías, XL,18).

¡Confusión, dolor, propósito a la vista de Dios, no obstante sus amenazas y sus promesas! ¿Qué espero yo de este hombre? ¿qué temo? ¿No es verdad que es imposible que no tengamos en la Religión a menudo buenos deseos? Pero es bien extraño, devoto, mortificado? He emprendido ya cierto género de vida; si tuviese que empezar, muy de otro modo procedería; pero pasaría por beato. Gustoso haría esto si me atreviese: Qui me erubuerit coram hominibus. (Luc. IX,26). «El que se avergonzase de mí delante de los hombres». Y lo de santa Frontina: Ita timebat Deum ut ab hominibus timeretur. «De tal modo temía a Dios, que era temida de los hombres».

Tendré yo menos fuerza que el hermano Jiménez, que cuando iba a entrar Jesuita hizo este voto: Promitto tibi, Deus meus, nihil me factutum quod non sit amoris tui causa. Ego enim nescio quo eam ut alicui serviam nisi tibi qui es Deus meus ac Dominus meus? «Os prometo, Dios mío, no hacer nada que no sea por amor vuestro. Pues ¿a dónde iré para servir a alguien, si no es a Vos, que sois mi Dios y Señor?».

Si no estamos alerta perdemos casi toda la vida por el deseo de agradar a los hombres. ¿Qué

obligación tenemos para con ellos? ¿qué bien esperamos de ellos? Más desgraciados somos y más despreciables que los que trabajan para ganar dinero.

Pero, ¡qué error el mío!, estos hombres a quienes tanto y tan locamente temo en la Religión, esperan verme practicar todo el bien que yo temo hacer delante de líos. Me tratan de loco, e insensato cuando falto; saben que precisamente para ser virtuoso, devoto y mortificado he dejado el mundo y ven que no lo soy. Vaya un extravagante, dice, que se aparta de su fin; si quería vivir así, ¿por qué no se quedó en el mundo, donde hubiera podido hacerlo sin pecar, y en la Religión está con peligro de perderse? Esto es lo que juzgan de mí aquellos mismos cuyos juicios temo. ¿No soy bien miserable, Dios mío, por desagradar a Vos y no agradar a los hombres? Si hiciera por Vos otro tanto, me juzgaríais favorablemente y los hombres no sentirían por mi conducta el desprecio que sienten; pues, al fin y al cabo, todo hombre de buen sentido estima la virtud, aun cuando no la quiera practicar.

SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE, *Obras selectas, Serie Grandes Maestros* N° 20, pag. 67- 69.

[ARRIBA](#)